

Instituto de Investigaciones Gino Germani

VII Jornadas de Jóvenes Investigadores

6, 7 y 8 de noviembre de 2013

Andrea Luján Arbuatti, Soraya Giraldez, Bárbara García Godoy, y Romina Manes.

Carrera de Trabajo Social. Facultad de Ciencias Sociales. UBA

andreaarbuatti@hotmail.com

Eje 9 “Teorías. Epistemologías. Metodologías”

El proceso metodológico y los modelos de intervención profesional. La impronta de su direccionalidad instrumental y su revisión conceptual actual ¹

Introducción:

Tomando la idea desarrollada por Sautú, las prácticas interventivas y los procesos de investigación, constituyen en sí mismos “conjuntos articulados de decisiones epistemológicas, teóricas, metodológicas y técnicas” (2003). El Trabajo Social como disciplina, ha ido recorriendo diversas matrices teóricas que dieron lugar al desarrollo de instrumentos enmarcados en concepciones metodológicas que fueron concibiendo a los sujetos desde diversas perspectivas. Estas matrices, si bien se desarrollaron en heterogéneos contextos históricos políticos, generan tensiones y debates a partir de permanecer con rasgos distintivos en las intervenciones que se desarrollan en el colectivo profesional. Su descripción, análisis y mirada desde estas claves, buscan generar elementos necesarios para revisar las prácticas profesionales como también los procesos de enseñanza aprendizaje, que desde la formación de grado, se imprimen a las dinámicas. Será una forma más de encontrar los permanentes diálogos entre los desarrollos teóricos-metodológicos y los procesos de los que formamos parte, en la búsqueda de avanzar en la perspectiva de derechos.

CAPÍTULO 1: Matrices teóricas de inscripción del proceso metodológico en Trabajo Social

¹ Proyecto de Investigación del Programa de Reconocimiento Institucional de Investigaciones. Facultad de Ciencias Sociales. UBA. Programación 2010-2012. Código del proyecto Ubacyt: R10-101. Directora: Dra. Ana Arias Co-Director: Elena Zunino, Silvana Garello. Equipo: Soraya Giraldez, Bárbara García Godoy, Sandra González, Romina Manes, Liliana Murdocca, Julia Ponzzone, Andrea Arbuatti, Claudio Robles, Cecilia Testa, Paula Retamal.

Hablar de método supone definir el marco teórico-epistemológico que le da origen, y brindar explicaciones acerca de los fundamentos en los que se basa la práctica del Trabajo Social, un análisis histórico de la intervención profesional para comprender la direccionalidad de la misma. En razón de la incidencia en el Trabajo Social de las matrices positivista, funcionalista-estructuralista, dialéctica y tecnocrática-neoliberal, desarrollaremos sus características centrales.

La matriz positivista en la intervención profesional

La matriz positivista ha sido la corriente de pensamiento preponderante en el nacimiento y desarrollo de las ciencias sociales. Bajo su marco, los problemas sociales, e incluso los de orden moral, serán analizados desde una perspectiva científica positiva (real) que se fundamenta en la observación empírica de los fenómenos y que permitirá descubrir y explicar el comportamiento de las cosas en términos de leyes universales susceptibles de ser utilizadas en beneficio del ser humano (Velásquez, 2006: 30). El marco lógico que Comte influirá notablemente en tradiciones rectoras del pensamiento social. (Rodríguez Soto, 2001:35). La oligarquía terrateniente dominante tenderá lazos de dependencia con Europa en su afán de insertar a Argentina en la economía mundial. En lo económico se vinculará a los ingleses y en el aspecto cultural a Francia (Carballeda, 2004: 149). En nuestro país también tuvo una influencia preponderante en la construcción del Estado Moderno. Serán las instituciones vinculadas a la salud, la educación, la acción social y lo jurídico, las que operarán sobre los pobres, gauchos y migrantes, haciéndose cargo de “construir y darle forma al ciudadano”, desarrollando mecanismos de integración y coerción. La generación del '80 centrará sus miradas y explicaciones en la cuestión biológica y en las características raciales de la población, lo que se traducirá en el ámbito político, en nuevos sentidos de las instituciones. Las ideas de progreso sustentadas por el positivismo y la sociología biologicista, expresarán la mentalidad de las clases alta, medias y de la burguesía naciente (Carballeda, 2004). La pobreza se explicará como dificultad centrada en el individuo y se justificará la actuación sobre la población empobrecida, sobre todo luego de las epidemias de fin de siglo XIX y XX. El espacio de la cotidianidad será el lugar elegido para la intervención como espacio articulador de los discursos médicos y la cultura. Carballeda menciona algunos antecedentes del Trabajo Social en Argentina en las instituciones creadas a principios de siglo XIX para ocuparse de pobres y niños, como la Sociedad de Beneficencia. En su proyecto educativo, la generación del 80, se basó en un discurso médico higienista, y las prácticas

desarrolladas en el área de minoridad basada en el ideal rehabilitatorio. Mientras tanto, en Inglaterra se crea la Charity Organization Society (COS) en 1869, que centraba su trabajo en la mendicidad buscando desarrollar su proceso de conocimiento basado en la búsqueda de la “verdad” científica de la pobreza, aplicando el modelo hipotético deductivo. (Carballeda, 2006: 32). En Estados Unidos, Mary Richmond en 1890 desde la COS impulsará la profesionalización del Trabajo Social que se concretará en 1898 con la primera escuela de Filantropía. Esta escuela estuvo influenciada por la tradición pragmatista, el interaccionismo simbólico y las corrientes teóricas filosóficas de la época, por autores como John Dewey y George H. Mead. (Travi, 2006: 65). Para Carballeda *“la intervención se asentará en tres pilares con una fuerte construcción histórica: la vigilancia en tanto observación; el registro confiriéndole un carácter documental, y la inspección como expresión de la visita domiciliaria.”* (2006: 27). “La mirada” se transformará en observación metódica y sistemática, ligada a los principios socio-biológicos del siglo XIX. Con la misma lógica positivista de la descripción minuciosa e interpretativa, se construye la noción de observación, dándole a la mirada la impronta de buscar lo distinto, lo desviado. La “vigilancia jerárquica” mirará sobre lo cotidiano los hábitos y costumbres, con el fin de señalar lo que hay que transformar, moralizar y corregir. En un principio será la mirada del médico higienista y luego, la de la visitadora de higiene social. La entrevista, en el marco de la práctica religiosa, estará vinculada al sentido de confesión, pero en el marco del discurso médico higienista su sentido será otro, vinculado a otra forma de conocer y también inscribiendo un saber.

La matriz funcionalista-estructuralista

Esta perspectiva ha dominado la intervención del Trabajo Social hacia mediados del siglo XX – en general, es situada entre los años 1940 y finales de los 60. Se trata de un período que es descrito como profesionalización del Trabajo Social, y que estará guiado por la idea que concibe la sociedad como una estructura orgánica indivisible, cuya funcionalidad está en correspondencia con la funcionalidad de las partes. Ponce de León y Paiva Zuaznabar puntualizan que el funcionalismo ha mostrado orientaciones micro funcionalistas o macro funcionalistas, según sea el acento puesto en la dimensión psicológica o sociológica, y describen - bajo la premisa parsoniana- la existencia de cuatro subsistemas de acción mutuamente interdependientes: el sistema cultural, social, psíquico y biológico (Quezada Benegas, 2001). Mendoza Rangel señala

que en esta perspectiva, el procedimiento para la intervención del trabajo social está orientado a la detección de la disfunción², el análisis de los desajustes y el tratamiento de adaptación e integración a través de mecanismos de socialización, acumulación, educación, gratificación y especialización, en vistas a mantener el equilibrio del orden social (1986). Las instituciones sociales, vienen a desempeñar una importantísima función social, en vista al mantenimiento del sistema social. El funcionalismo ya venía dando fundamento a la práctica del case-work norteamericano y basó sus premisas en la neutralidad y objetividad científicas, otorgadas por su origen positivista. Se da impulso a un período desarrollista, estrategia supuestamente despolitizada, creada por Estados Unidos y diseñada para lograr el despegue económico de América Latina, a través de la asistencia técnica y financiera internacional³. Desde una perspectiva pragmática e instrumental, el Trabajo Social inicia una etapa tecnocrática en la que profundiza el desarrollo de sus “métodos”. Desplegará el método de *desarrollo de la comunidad*, desde una lectura societaria y menos individualista; y los llamados métodos auxiliares: *administración de servicios sociales, planificación social e investigación social*. En este marco, los trabajadores sociales constituirán el personal experto para promover el proceso de cambio, como “agentes de cambio”. Se buscará la investigación pormenorizada de las condiciones de vida de la población y el conocimiento de las “necesidades sentidas”, como motor de la participación comunitaria, con indicadores que orientan la inserción en las comunidades y la posterior toma de conciencia de la situación real de su comunidad (Ander Egg, 1963). Como señala M. Rozas, la intervención del trabajador social en el ámbito comunitario, le imprime a la profesión un crecimiento del carácter técnico y operativo práctico para llevar adelante la promoción, concientización y motivación que lleven al cambio en la vida de los sujetos. Estas modificaciones significaron una ampliación del espacio socio-ocupacional de la profesión, aunque no produjeron una ruptura con la casuística; debido a que las políticas sociales están orientadas a una intervención de carácter individual y familiar, con una fuerte tendencia asistencialista. (2001: 146). En Argentina, el desarrollo de la comunidad se institucionalizó por la ley nacional 17.271, que especificaba las atribuciones de los organismos de Estado. Los programas sociales hacia finales de los años 60, estaban destinados para los *marginados* del

² La disfunción es entendida en el sentido asignado por Merton como las consecuencias que obstaculizan la adaptación o ajuste al sistema y suponen una amenaza para la cohesión social y un desafío para el orden existente (en Giddens, 1998).

³ El auge de las técnicas de planificación para el desarrollo del capitalismo y la idea que vinculaba el desarrollo y subdesarrollo como fases de un mismo proceso.

progreso, población-objetivo de los programas de desarrollo. El centro de la transformación nacional era la comunidad y no la sociedad, y se instala “el paradigma de la intervención social ‘participativa’”, que ha marcado a los programas sociales a lo largo de los años 90. (Gardarelli y Rosenfeld, 1998: 30).

La matriz dialéctica

En Latinoamérica esta matriz comienza a tener influencia en el Trabajo Social a partir de la década del 70. *“En el Trabajo Social latinoamericano surge una interesante crítica de las prácticas profesionales ‘colonizadas’, comenzando una etapa de nuevas propuestas en que los planteamientos críticos del positivismo y la apertura a la dialéctica surge con fuerza al interior del movimiento de Reconceptualización”*. (Oneto Piazzese, 2001: 78). En Argentina y como señala Carballada, la reconceptualización tuvo entre sus características centrales el desarrollo de un proceso crítico en los ámbitos académicos. Este autor manifiesta que en este período, las ciencias sociales y el Trabajo Social, son atravesados por nuevas lecturas de la teoría marxista, capaz de brindar el marco necesario para la transformación de la sociedad. En nuestro país este movimiento estuvo *“...impulsado por el grupo ECRO, que intentaba una ruptura con el trabajo social tradicional, impulsando una reflexión significativa sobre el carácter dependiente de la sociedad argentina, influenciada por la Teoría de la Dependencia y el marxismo. Dicha concepción generó una corriente de pensamiento para encaminar el trabajo comunitario desde una perspectiva de construcción política que aportase al proceso de lucha, la cual fue desarrollada por los sectores progresistas en la década del sesenta.”* (Rozas Pagaza, 2001: 253). La contribución metodológica es denominada metodología dialéctica, destacándose los aportes realizados por la psicopedagogía en Brasil y Chile, la investigación-acción en Perú, el método de reflexión acción en Chile y el método MEI (modelos educativos integrados) en Colombia, con una fuerte influencia del movimiento liderado por Camilo Torres. Las miradas particulares acerca de la intervención profesional se caracterizaron por dos cuestiones: la perspectiva de clase, que se separa del conservadurismo burgués, y la participación de los sujetos en la totalidad del proceso de investigación. Ciertamente los gobiernos autoritarios que se desarrollaron en Latinoamérica en las décadas del 60, 70 y 80 fueron un obstáculo para un mayor despliegue del Movimiento de Reconceptualización.

La matriz tecnocrática-neoliberal

Indudablemente el cambio de paradigma del Estado Benefactor al Estado Neoliberal, proceso iniciado en los 70 y consolidado en los 90, impactó en todos los órdenes de la vida social, política y económica de los países de la región, con resultados devastadores (Svampa, 2005: 23). Señala Carlos Vilas que *“la crisis de la década de los ochenta y el modo como los gobiernos latinoamericanos la encararon, crearon condiciones para la gestación del modelo neoliberal”* (Vilas, 1997: 115). En Argentina, la dictadura militar iniciada en 1976 a través del terrorismo de Estado desarrolló una política de disciplinamiento y exterminio de los sectores movilizados, y mediante la política económica instrumentada instaló un nuevo régimen de acumulación (Svampa, 2005: 22) que sentó *“las bases de un sistema de dominación centrado en los grandes grupos económicos nacionales y los capitales transnacionales”*, consolidado a partir del año 1989, con el menemismo (Svampa, 2005: 23). Describe Vilas que *“el modelo instaurado se caracterizó por: desregulación amplia de la economía; apertura asimétrica: desmantelamiento del sector público; autonomía del sector financiero respecto de la producción y el comercio”* (1997), dejando el Estado de lado sus funciones de integración social y operando activamente en la *“definición de ganadores y perdedores mediante una firme intervención en la fijación del tipo de cambio, las tasas de interés y política tributaria, bombeando ingresos en beneficio del sector financiero”* (Vilas, 1997). Esto se tradujo en una *“restricción del gasto público, pérdida de la universalidad en las prestaciones sociales, y desconcentración de funciones en los gobiernos municipales”* (Clemente, 2003: 78). Las políticas sociales, de acuerdo a los parámetros establecidos por los organismos financieros internacionales, se reorientaron según los principios de focalización y descentralización. Susana Hintze plantea, que fue a través de proyectos y programas especiales que fueron gestionadas las “nuevas políticas sociales” de esta década, propuestas como *“el modelo de la nueva gestión (ágiles, flexibles, no burocráticas, altamente profesionalizadas)”* y financiadas a través del crédito de organismos internacionales *“por fuera de las estructuras de línea de los ministerios nacionales y provinciales”*, es decir mediante contratos con buenas remuneraciones y sin beneficios sociales (2003).

En términos del ejercicio profesional, Nora Aquín esboza la existencia de *mutaciones socioculturales* como resultante de este proceso, que tienen efectos en el campo del Trabajo Social: a) *“La interpretación de la cuestión social”* mediante la naturalización de las

desigualdades y su consecuente expropiación del carácter histórico y social de las mismas; sumado a una *“psicologización de la cuestión social”* al ubicar como demandas individuales relativas a carencias de los sujetos lo que refiere a derechos sociales; b) *“Cuestionamiento de la validez del concepto de derecho social”* reemplazado por el concepto de *“deber moral”* que alude a la solidaridad de aquellos que se encuentran en condiciones de brindar ayuda; c) *“Exigencia de parámetros de eficiencia y productividad”*, sumado a *“exigencias de focalización tanto de las necesidades como de la población que merece ser atendida”*, lo que ubica a los trabajadores sociales *“en el lugar de expertos habilitados para clasificar a las personas”*. Ello requirió del desarrollo de más y nuevos instrumentos clasificatorios, tanto para el diagnóstico como para el tratamiento social de los pobres (Aquín, 1999: 6-8). Se invocaba un saber tecnocrático, que recuperaba concepciones y herramientas acopiadas por la tradición positivista de la profesión, reactualizadas bajo formas de modernización tecnológica y sustentadas desde una *“racionalidad técnica”* (Aquín, 2008: 62-63 -tomo II-). La pobreza era considerada *“como una dimensión más del mismo proceso de modernización”* (Matus, 1995: 17), concepción que la situaba en el orden de lo inevitable. En esta etapa el Trabajo Social *“ [...] incorpora técnicas para gestión social [...] mientras se desarrollaban innovaciones en el abordaje de la pobreza estructural y se destruía el sistema de integración y movilidad social”* (Clemente, 2003: 78-79). Se le solicitó a esta profesión *“instrumentalizar la focalización”*. En este contexto *“el Trabajo Social como profesión se replegó en las instituciones y en los barrios, optimizó la administración de recursos escasos y movilizó contrapartes para poder ejecutar los programas sociales descentralizados”* (Clemente, 2003: 83). Hay que señalar un cambio en la configuración de la demanda, ligada a las necesidades que se suscitaban, producto de las políticas aplicadas; esto se tradujo en la llegada masiva de los *nuevos pobres* a los servicios sociales promediando la década. En este sentido analiza Clemente que *“el trabajador social encontró que su tecnología (enfoques e instrumentos), su lenguaje, su tipo y calidad de prestación institucional, no se correspondían con este nuevo sujeto, que además era su par”* (2003: 85).

Otros aportes teóricos al desarrollo del campo profesional

Junto a las diferentes perspectivas teóricas hasta aquí desarrolladas, interesa destacar la existencia de otros aportes en el análisis de lo macro-microsocial, en la relación sujeto-estructura, en el vínculo sujeto-mundo exterior; como el construccionismo, el estructuralismo-constructivista

de Pierre Bourdieu, los desarrollos de la psicología social pichoniana, la educación popular freireana y el eclecticismo en la intervención profesional⁴.

CAPÍTULO 2: Secuencias, Niveles y Procesos .Viejas, y sin embargo presentes, tensiones dentro de la metodología del Trabajo Social

Existen dos tensiones permanentes en Trabajo Social. En primer lugar, acerca de los ordenadores de la metodología, y en ese marco, el lugar que se le asigna a la planificación o si bien, a los diferentes niveles de abordaje niveles individuales, grupales o comunitarios. Plantearemos cómo las formas de reordenamiento político neoliberal de las políticas sociales, resignificaron algunas cuestiones de orden metodológico.

De los métodos a los niveles. Del método único al proceso metodológico

A finales del siglo XIX, y principios del XX, la acción social concebida como asistencia y ayuda al desvalido fue puesta en práctica mediante la atención casuística individualizada que le dio origen al denominado Case Work, o Trabajo Social de Caso (Vélez Restrepo, 2003.). En la década del '30, se amplió el marco de la acción social al ámbito grupal, instaurándose el Trabajo Social de Grupo, sin cambios sustanciales en las concepciones psicologistas (psicodinámicas, conductistas y psicoanalíticas) que lo animaron y mediante las cuales se incidía en los problemas sociales y relacionales considerándolos como propios de conductas anormales o desviadas. A partir de los años '40 con auge en la década del '50 y '60, la acción social deja de ser asumida desde la perspectiva psicologista, centrando su atención en el trabajo colectivo de promoción y desarrollo de las comunidades como opción para incidir en la solución de los problemas sociales generados por la guerra (especialmente en EEUU y Europa) y en la colonización social y cultural que los países occidentales ejercieron sobre América Latina. Esta nueva concepción dio lugar al surgimiento del Método del Trabajo Social Comunitario. El “método” estaba destinado a facilitar el nexo entre los recursos de la población y de los gobiernos para alcanzar el “progreso nacional” y requería la preparación de profesionales y técnicos identificados con los fundamentos del desarrollismo. El concepto de asistencia como organizador de la práctica es reemplazado por el de la superación de problemas estructurales de las comunidades. Más tarde, el concepto de

⁴ Todos ellos caracterizados en la investigación realizada, y que no se incluyen en este artículo por razones de espacio.

desarrollo de la comunidad fue reemplazado por el de promoción social o promoción comunitaria con un componente participativo de la población.

El movimiento de reconceptualización pone en cuestión la práctica profesional y se propone transformar el servicio social en un agente de cambio de la estructura social. El movimiento surge en un momento histórico particular de fuertes cambios ideológicos y políticos en la región. Más allá del rechazo a las prácticas asistencialistas y comunitaristas, se critica fuertemente la carencia de un procedimiento metodológico serio. Diferentes corrientes del pensamiento nutren este proceso de cambios. Por un lado, el foco de la transformación era la necesidad de implementar una práctica con método que se encontraría con el auxilio de las ciencias sociales, particularmente de la sociología y por el otro en la participación política, como única vía para contribuir al proceso de transformación latinoamericana. Si bien se buscaba ajustes en la metodología, se reconoce que ya se venían produciendo transformaciones en la modalidad de intervención. En la década del '60, se da la fusión de la triada y surge el denominado Método Único o Integrado, que es una de las reformulaciones metodológicas más importantes que tuvo el Trabajo Social. Si bien intenta superar la fragmentación, tiende a invisibilizar las diferencias de la acción profesional.

La propuesta de Método Básico y/o Integrado intenta suprimir la división de caso grupo comunidad, articulando el proceso de intervención en etapas, diagnóstico, programación, ejecución, y evaluación. Este método fue parte de las propuestas de la reconceptualización como parte de la crítica al método de "caso" y a las propuestas metodológicas que provenían de los aportes del trabajo social estadounidense, identificado con el funcionalismo.

El método se lo entiende como un medio facilitador del conocimiento de la problemática objeto de intervención, como orientador de la modalidad de intervención y como un conjunto de procedimientos que ordenan la acción del Trabajo Social y de principios, técnicas, y actitudes propias de la profesión. La práctica profesional se ordena a partir de cuatro momentos de reflexión: definición del problema objeto de intervención, selección de alternativas de acción, ejecución de actividades y evaluación. Estos momentos se los entiende integrados e incluyen otros procedimientos según los objetivos propuestos. Esta perspectiva ubica a la investigación como un medio para definir el objeto de intervención y a la planificación como una ayuda para organizar en forma anticipada la acción. Investigación y planificación se estructuran como dos herramientas centrales de la acción profesional. En la década del 80 se incorporaron las

dinámicas de grupos a partir de los aportes de la psicología social, difundida a partir de las escuelas de psicología social basadas en la propuesta de Pichón Riviére, en la cual se capacitó un número importante de trabajadores sociales. Al mismo tiempo, con el debilitamiento de Estado de Bienestar y la apuesta a reforzar el carácter organizativo de la sociedad civil a través de sus organizaciones, cobró relevancia la intervención social a través del diseño y gestión de programas y proyectos sociales. La planificación, utilizada prioritariamente por el Estado como instrumento de intervención de las políticas públicas, intentó trasladarse como una herramienta a distinto tipo de organizaciones sociales.

El método, las instituciones y las políticas

Existe una dificultad en trasladar propuestas que son ordenadoras para trabajar en los procesos de enseñanza aprendizaje como cuestiones metodológicas, para pensar la organización de los servicios, donde se dan distintas líneas de trabajo y donde no existe un objeto de intervención que ordene, sino una diversidad de objetos, o bien distintas líneas de trabajo sobre un campo problemático. Otra de las dificultades es que el proceso de trabajo desprendido de las políticas sociales nacionales, provinciales o municipales, suelen no ser contempladas en un planteo de proceso metodológico, donde parece operar como un obstaculizador de una práctica planificada.

La lógica de proyectos como ordenadora de las políticas

La exigencia impuesta por los organismos internacionales y adoptada mecánicamente en las administraciones locales, para implementar tecnologías como el marco lógico o los presupuestos por objetivos, homogeneizaron los procesos de planificación con una alta exigencia desde el diseño en la elaboración de indicadores de evaluación cuantificables, previsiones presupuestarias y viabilidades financieras (Rose, 1996). Así, el trabajo sobre lo promocional tendió a tecnificarse. Esta tecnificación implicó nuevas formas de planificación de la acción y nuevos fundamentos teóricos.

Las técnicas de intervención utilizadas en el período no presentaron novedades respecto a lo inaugurado por el enfoque de Desarrollo de la Comunidad. La búsqueda de participación comunitaria por medio de diversas estrategias de capacitaciones fueron las constantes. El dispositivo de taller para el trabajo sobre temáticas diversas fue utilizado de manera altamente

recurrente y se integraban en su planificación, coordinación y análisis los elementos de grupo operativo de la propuesta de Pichón Riviére. El cambio principal fue el predominio de los “proyectos sociales” como ordenadores de las prácticas posibles en el marco de políticas sociales. Si bien la elaboración de proyectos siempre se encontró presente en las propuestas de planificación local, ésta cobró relativa autonomía, convirtiéndose en la forma de planificación recomendada para la acción local y el mecanismo para la obtención de financiamiento. Por medio de estos cambios se impusieron formas de pensar la práctica con sectores pobres acotando los términos temporales y geográficos. La cuestión de la temporalidad, el tiempo acotado durante el cual debían ejecutarse y evaluarse las intervenciones; el obligado ítem sobre la auto sustentabilidad del proyecto luego del financiamiento, remitían a un diseño de acción delimitado al espacio comunitario para “capacitar”, “capitalizar” o “empoderar”. De esta manera, el ejercicio enseñado se adecuaba casi perfectamente con la práctica de las organizaciones no gubernamentales que durante los años 90 fueron promovidas desde distintas líneas de funcionamiento, y también en la organización de la práctica de algunos servicios sociales estatales, que comenzaron a organizar financiamientos por proyectos.

Capítulo 3: *Los sujetos de la intervención en el proceso metodológico*

Partimos de considerar que todo sujeto es producto de las operaciones institucionales continuas y variadas a las que es sometido a lo largo de su vida. Al decir de Ignacio Lewkowicz (2002) las instituciones serían prácticas estandarizadas que producen subjetividad, por lo que institución-sujeto se convierten en una dupla cuyos términos es imposible pensar aisladamente. Esta impronta puede visualizarse, dentro del Trabajo Social, a partir de los textos de CELATS, en los cuales se describe la particular interacción de tres agentes sociales: la institución, el usuario y el profesional. Entonces nos preguntamos ¿quiénes se constituyen en los destinatarios de la política social? Enunciar a los mismos delimita, en términos operativos, la construcción del proceso metodológico y, en términos conceptuales, la legitimación social de la profesión.

Hasta la década del 30 inclusive podemos hablar, dentro del pensamiento científico, de ideas conservadoras combinadas con la sociología americana, que ubican al sujeto como individuo autosuficiente y autónomo dentro de la estructura social. El naturalismo positivista que impregna el surgimiento de las ciencias sociales consolida este pensamiento, en el cual la sociedad se

reproduce invariablemente en determinadas condiciones naturales, lo que posibilita su estudio de manera objetiva, neutra, ahistórica y desideologizada. Los problemas sociales tienen así una construcción individual, biológica y evolucionista. Los “males sociales” necesitan una solución rápida y eficaz para que no afecten otra parte del cuerpo social. Carballeda (2002, 2007) sostiene que el positivismo construyó un sujeto moralmente débil sobre el que erigió y desplegó sus estrategias de moralización, vigilancia y medicalización.⁵

Se pondera en el planteo de Richmond, el encuentro entre el momento de la comprensión, en el cual incluye no sólo las características personales del individuo, sino la influencia del medio social, y el momento de la acción, en el que se promueven diferentes instancias de reflexión de la persona atendida. Este sujeto se constituye en un cliente para el Trabajo Social y no un “pobre”, constituyendo una ruptura con las nominaciones devenidas de la “Ley de los pobres” (Travi, 2006:58). Podríamos agregar que la noción de cliente, si bien tiene dimensiones de mercantilización de la relación establecida, es principalmente una noción que define una intervención privatizada, en la que el ámbito del Estado no tiene injerencia directa. El Estado liberal delega la atención de la expresión individual del conflicto en profesionales que puedan dar respuesta a sus problemas.

Desde la profesionalización del trabajo social hasta finales de los '50 nos encontraríamos en la etapa tradicional o liberal, de acuerdo Montaña (2000) que haga alusión a ella. Quienes estudiaron y reflexionaron sobre ese período plantean que la concepción de sujeto continúa delineada desde la perspectiva positivista de la ciencia, acentuándose luego de la segunda guerra mundial, la mirada funcionalista. Visión que será desarrollada en los ítems siguientes.

Al avanzar la instauración de la acción social en la construcción incipiente del Estado de Bienestar continúa predominando la aplicación del método de caso social individual a través de la investigación-diagnóstico-tratamiento, como estrategia de intervención a la vez que se produce el surgimiento en nuestro país del trabajo social de grupos.

En nuestro país se produce el traspaso de la asistencia social en manos de las sociedades filantrópicas, fundamentalmente La Sociedad de Beneficencia a la incipiente administración de

⁵ Señalamos que en el período de principios del siglo XX, estamos en un contexto signado por el auge del positivismo en las ciencias y el afianzamiento de los estados nación en Latinoamérica. En nuestro país, la sociedad asiste a la segunda ola inmigratoria a la par del crecimiento de la producción manufacturera y, consecuentemente de la población obrera y su organización lo que modifica sustancialmente el escenario socio-político. El problema de la cohesión, la integración frente a la conflictividad que ocasiona la relación capital trabajo cobra centralidad en el campo de las ciencias sociales.

recursos asistenciales estatales pasando del sujeto moral a incorporar en su definición, las condiciones económicas de existencia. La política social cobra una notoria influencia en el ámbito de la salud, la educación y la asistencia en el marco del modelo estructural funcionalista. Una demarcación especial, en Argentina fundamentalmente, merece el periodo 45/55, considerado el inicio de la Asistencia Legitimada (Carballeda, 2006). A partir del primer gobierno peronista se produce la centralización de la acción estatal en materia de asistencia social, la unificación de instituciones y el predominio de la racionalidad práctica/instrumental en materia de administración de recursos. En 1948 se crea la Dirección de Asistencia Social, dependiente de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social afianzándose la asistencia social como política pública, según señala Margarita Rozas (2001:117). En el marco del cierre de la Sociedad de Beneficencia, conjuntamente con la creación de la Fundación Eva Perón y de la Dirección de Acción Social, el sujeto se constituye en un destinatario de reparación histórica de la injusticia social. No es un pobre marginado, en el que confluyen el peligro de desintegración social y el deber moral de su atención, sino un sujeto de derechos, acreedor de cobertura por parte del Estado. Las condiciones económicas de este período, por otra parte, implican una situación de pleno empleo que integra a los individuos a partir del trabajo y la protección social encarada por el Estado se instituye a partir de la seguridad social otorgada a la clase trabajadora.

A partir de los años '60, enmarcado en estrategias de la Alianza para el Progreso, el Trabajo Social se encuadra en el denominado Desarrollo de la Comunidad, que comulga con el modelo teórico del estructural funcionalismo. El equilibrio y la adaptación social eran las funciones a las que había que tender para evitar la anomia. La administración y organización del bienestar se erigen como los objetivos de la acción social del Estado, en la cual prevalece un sentido mecanicista de la realidad y de naturalización de las relaciones sociales y una perspectiva estática de los sujetos en la sociedad. Sujetos normales y útiles son la base de la cohesión y el equilibrio social. Carballeda sostiene que *“en el periodo desarrollista el sujeto de la intervención es alguien atrasado, que debe ser capacitado en el lugar en donde vive, dado que porta una cultura que impide el progreso. Desde los planteos críticos a esa visión surge la idea, fuertemente construida desde la filosofía, de que el sujeto de la intervención es alguien que puede ser concientizado para transformar la realidad”* (2007).

En coincidencia con este autor, Cazzaniga sostiene que el concepto que prima es el de población marginada, sujetos que deben ser motivados en sus valores y aspiraciones, incentivados para la

participación ciudadana. (1997). La noción de marginalidad es definida en términos de estar al margen del desarrollo y las ideas de modernización que en la época imperaban. Se destaca que estas poblaciones marginadas están ubicadas social y geográficamente en los límites urbanos.

A mediados de los ´60, se suceden, y prácticamente conviven en la discusión, el modelo de desarrollo de la comunidad y la reconceptualización.⁶ Para el primero, el sujeto es el sujeto colectivo, mientras que para el segundo, es el sujeto político. La dimensión ético-política cobra fuerza dentro de la práctica profesional consolidando instancias en la intervención desde la praxis social y no sólo desde el espacio profesional. Según Kruse (1961) se dificulta diferenciar la práctica profesional de la praxis política. No está clara la frontera entre ejercicio profesional y quehacer político revolucionario, la “práctica militante” según Ander Egg, se convierte en el eje de la acción profesional (1982:32).

Para el movimiento de Reconceptualización, en la medida que estamos frente a un sujeto político, la intervención se nutre de la militancia. La demanda se instituye como un requerimiento al saber profesional de involucramiento en la praxis social. El trabajador social aporta desde su saber a las transformaciones sociales. Vélez Restrepo ubica estos momentos dentro del Trabajo Social como críticos o radicales.

La década del ´70 está signada por la crisis del capitalismo industrial a nivel mundial, cuya consecuencia más resonante y definitiva es la instalación del modelo neoliberal. En nuestro país comienza con el golpe de Estado de 1976 y se continúa en los procesos democráticos subsiguientes. Las políticas de ajuste que se iniciaron en este período implicaron una baja considerable de los salarios, desmantelamiento del sector productivo y una erosión sostenida de las instituciones propias del estado de bienestar.

Es así que durante la década del ´80, se amplía la perspectiva anterior en el marco de la profundización de políticas de ajuste pero al mismo tiempo se observa el despliegue de un escenario caracterizado por la presencia de movimientos sociales, presión de la concertación y énfasis en la reaparición de la participación social. El Trabajo Social, en explícita oposición al asistencialismo, y tratando de recuperar en la incipiente democracia la idea de sujeto colectivo, retoma en este momento algunas nociones de sujeto y comienza a establecer lineamientos en torno a la denominación de actor social. Una importante producción escrita comienza a

⁶ Parra y Kruse, entre otros, ubican el proceso de la Reconceptualización desde mediados de los 60 y hasta mediados de los 70.

desarrollarse a hacia fines de los noventa estableciendo cimientos conceptuales disciplinares que albergan la discusión teórica y práctica de la producción actual.

Margarita Rozas (1998) habla del sujeto actor social como producto histórico-social, un sujeto considerado en términos de derechos y con capacidad transformadora de tal modo que resulta imprescindible comprender, analizar la demanda “*en relación con los sujetos, la forma en que los mismos perciben sus necesidades y el modo en que plantean su propia supervivencia*”, se trata entonces, de conocer cómo, significa e interpreta el sujeto su problema. Fernández Soto (2007) por su parte, apunta a propugnar la Planificación Social Estratégica recuperando la producción de Mario Róvere y la teoría crítica que otorga centralidad a lo local. El sujeto es pensado y abordado en un territorio vinculado a la categoría de totalidad (toma la perspectiva dialéctica del universal-singular-particular). Se trata de mirar la vida cotidiana, donde transcurre la vida del sujeto, espacio en permanente tensión y conflictivo en torno a las relaciones de poder. Será Cazzaniga quien propone recurrir a los desarrollos de Cornelius Castoriadis para establecer dentro de los objetivos de la disciplina la búsqueda y promoción de la autonomía del sujeto. Abona a la “*concepción de sujeto pleno, con potencialidades y condicionantes, productor de la historia a la vez que producto de la historia*” (2001:12). Este filósofo es también recuperado por Susana Malacalza, incorpora de manera explícita, la dimensión política del sujeto y, principalmente, la tensión entre autonomía e instituciones. (2000).

De lo expuesto hasta aquí podemos sostener que cada momento histórico de la disciplina desarrolló y encarnó, en el marco de un contexto socio-político amplio, las diferentes definiciones de la cuestión social y en ella la relación sujetos-necesidad. Estas delimitaciones ponen de manifiesto, las capacidades de las políticas públicas para operar sobre las condiciones de vida de la población. Delimitaciones de las que somos indiscutidos protagonistas, ya que a través de sus discursos y dispositivos, aportamos a la construcción de los sujetos pasibles de ser intervenidos. La profesión no es aséptica ni ingenua, expresa intencionalidades en su devenir práctico, que pueden consolidar o socavar el discurso hegemónico del momento.

CAPÍTULO 4 : *Dimensión instrumental del Trabajo Social*

Nos proponemos, desentrañar la dimensión instrumental de la profesión, la cual ha asumido un lugar central en la historia del Trabajo Social, aún en detrimento del sentido y significado atribuido al ejercicio profesional, el que desde sus orígenes, se centró más en el qué

hacer, cómo y para qué de la intervención disciplinar. La dimensión instrumental no ha sido suficientemente abordada, por ello, la necesidad de desnaturalizar y complejizar la misma. Esto supone ubicar las tensiones existentes en las concepciones teórico-metodológicas que organizan los distintos modelos profesionales en los principales momentos históricos en nuestro país.

1. Lo instrumental en trabajo social. Perspectiva epistemológica

Resulta necesario dejar en claro que, el acervo técnico-instrumental de la profesión no fue producto de un proceso de creación exclusivo del Trabajo Social. La definición del qué hacer no es apriorística, ni resulta de la generalización de ritos protocolares, sino del contexto socio institucional donde se inserta. (Vânia T; Moura R; 2002).

Existe suficiente acuerdo en ubicar el comienzo de la profesión ligada a la utilización acrítica y dogmática de lo instrumental. Lo instrumental “cobra vida propia” en tanto se necesitan profesionales capaces de usar “en forma objetiva”, minuciosa y de forma efectiva instrumentos que permitan contar y describir la cuestión social con el fin de clasificar las demandas sociales. Desde esta concepción, lo instrumental cobra supremacía en tanto queda desvinculado del momento histórico, de las teorías y de cualquier intención política. En busca de una “objetividad científica”, las posturas positivistas reclamaban la neutralidad y el uso aséptico de las técnicas, incurriendo en la manipulación de los sujetos de la acción, reduciéndolos a datos, respuestas o números. Se privilegia en esta etapa lo instrumental, de forma pragmática y sistemática, un eje operacional de la profesión, en tanto intervienen capacidades, competencias, habilidades. Como categoría y recurso metodológico lo instrumental muda de piel, de sentido, de acuerdo a los fines y propósitos políticos, sociales, institucionales y cognitivos de la acción social. (Vélez Restrepo 2003; 95)

En este sentido, María Lucia Martinelli, incorpora la noción de articulación que propone el eje instrumental en la disciplina ya que no se constituye en algo en sí mismo, sino que es una pieza de un proceso o estructura más complejo. Lo técnico se constituye, según la autora, en una herramienta de un engranaje mayor que es el plan de intervención (2001).

Tal como lo plantea Bibiana Travi “lo instrumental” se inscribe dentro de una perspectiva epistemológica y su construcción/utilización supone siempre una decisión no sólo teórica sino también político-ideológica”(2006:16). Desde un enfoque similar, Carballeda sostiene que la importancia de lo metodológico en la intervención en lo social se vincula con la coherencia entre

las técnicas de recolección de datos y su análisis (2008:104). Entonces, la dimensión metodológica da cuenta de la capacidad de actuar frente a los interrogantes que genera la demanda, lo que implica la capacidad de reflexión frente a diferentes formas de conocimiento. Resulta entonces clara la total “dependencia” de lo técnico-instrumental respecto de las opciones teóricas, valores, y principios que orientan el quehacer profesional (Travi; 2006: 17). Así, entendemos que la relación conocer-intervenir-transformar, resultan *dialécticamente inseparables*.

Por último, mencionar también, las diferenciaciones que establece Yolanda Guerra entre dimensión técnico instrumental e instrumentalidad de la intervención, definiendo ésta última como la condición de los profesionales de cumplir una función en la sociedad, “*no es un debate sobre los instrumentos de acción, sino que remite al papel social y funcionalidad de nuestra profesión en la sociedad en la cual está inserta*” (2007, 11).

2. Lo instrumental en los escenarios históricos del Trabajo Social Argentino (perspectiva histórica)

a. Desde mediados de los ´40 a mediados de los ´60: Desarrollismo

Los programas de estudio que se llevaban adelante en las universidades argentinas necesitaron aggiornarse a la visión del metodologismo aséptico, en consonancia con la ebullición de planes y programas de desarrollo que sustentaba el pasaje de una sociedad agraria y tradicional a una moderna e industrializada. De esta forma, se reconstituye el campo disciplinar y la formación académica a partir de “las exigencias de una auténtica capacidad técnica y de la aplicación científica de los conocimientos adquiridos. [...] la acción instrumental regida por reglas técnicas con pretensiones de verdad científica.” (Peralta, 2008, 120)

La implantación del Desarrollo de Comunidades, como el método característico de este momento, requirió de conocimientos y prácticas específicas por parte de agentes profesionales con capacidades y destrezas también específicas. El objetivo central fue desencadenar en las comunidades procesos educativos que modificaran sus conductas y actitudes resistentes al cambio y promoviesen capacidades favorecedoras del desarrollo.

Kruse agrega que el método de grupos sólo se utilizaba como complemento del caso o como etapa para la organización de la comunidad, agregando que también comienza a implementarse el denominado método de organización y administración del Servicio Social, para demostrar

idoneidad profesional. (1965). En este sentido Cardarelli y Rosenfeld (1999) mencionan que *“una batería de técnicas diagnósticas, de planificación y de evaluación se constituyeron en los instrumentos de abordaje e implementación de los programas y proyectos”*. La planificación se consolida entonces como la técnica específica del desarrollo de la comunidad, sumado al auge de *“técnicas de dinámica grupal propias de la psicología social e importadas de los programas de salud mental que se venían desarrollando en EEUU a partir de la guerra a la pobreza de los ‘60.”*

La actividad profesional debía colaborar y participar en la formulación y ejecución de una planificación que asegure el desarrollo pleno a nivel nacional; y promover modificaciones parciales a nivel de individuos o grupos. Margarita Rozas menciona que el tipo de planificación asumido por la profesión en esta época fue la planificación normativa, *“basada en el supuesto de que ésta era capaz de resolver las necesidades básicas de la población desde una racionalidad instrumental, que efectivizaba la direccionalidad del funcionamiento de la sociedad.”* (1998, 88). La opción llevada adelante en el desarrollismo, pretendía, cubierta por el manto cientificista, obtener una eficiencia técnica a partir del conocimiento vivencial de las necesidades sociales de los sujetos con los que se intervenía. La autora dirá que este correlato entre necesidades sociales y eficientismo, conllevó a una perspectiva de la planificación *“que consideraba a la población objeto de atención y depositaria de servicios y no sujetos de su construcción”*.

b. Desde mediados de la década del 60 al 76 y hasta la recuperación democrática (Reconceptualización y post reconceptualización)

Siguiendo a Leila Lima (1976) vemos cómo el proceso de reconceptualización reivindica la actuación política buscando una participación y contribución disciplinar en el proceso de transformación latinoamericana; una actuación coherente con una determinada posición política e ideológica. La impronta en el debate estaba puesta en *“adecuar los presupuestos filosóficos y científicos, los contenidos metodológicos y de la praxis profesional, a las exigencias de la realidad política, económica, social y cultural de los pueblos latinoamericanos.”* (Eroles, 1971). Se ubica al relato *“como surgido teóricamente de un nuevo criterio de intervención en el que el conocimiento científico puede develar las contradicciones de la realidad y cómo éstas emanan directamente de la práctica social total”* (Porzecanski 1984, 101). Siguiendo a Ander-Egg (1985), encontramos que la elección de las técnicas para un trabajo social liberador, exige de la

participación popular, con los instrumentos que permitan la *mayor participación* posible de los implicados en los programas.

Esta etapa comienzan a esbozarse algunas reflexiones (auto)críticas que señalan un nuevo lugar para el Trabajo Social: “...*el Trabajo Social que se proponga eliminar la explotación, transformar la actual sociedad capitalista dependiente, es decir, luchar por la revolución nacional y social que el país y América Latina reclaman, debe elegir otro camino que no es precisamente el Trabajo Social ni ninguna otra profesión*”. (Grassi, Alayón: 1983, 17).

Es el estudio y comprensión de los elementos que constituyen el sector de las políticas sociales, lo que permitirá un Trabajo Social como actividad científica con injerencia en el diseño de políticas, y como un valor el “*estar en el escenario mismo en el que se concretizan las políticas sociales* (Lima Boris, 1977). Se explicita que “*el eje no pasa exclusivamente por la dedicación de los trabajadores sociales al estudio de nuevas formas técnicas o por la profundización de las ya existentes...este aspecto deficitario en nuestra formación debe ser superado para no quedar en desventaja con otros especialistas, evitando caer en la trampa de la tecnocracia...*” (Grassi, Alayón: 1983, 32).

Durante la década del 80, el Trabajo Social retoma algunos debates de la Reconceptualización, incorporando propuestas de carácter ecléctico. Así, se responde a las exigencias provenientes del Estado, con respuestas más focalizadas. Se observa un creciente interés por sistematizar experiencias y la producción teórica (Velez Restrepo: 2003). Durante estos años adquirieron importancia para el quehacer profesional, la aplicación de múltiples técnicas grupales, sociométricas, para comprender la dinámica compleja de los grupos. Tal como lo explica Ana M. Fernández (1985, 13), se reconocen los aportes de la dinámica de grupos, de la microsociología tanto en los estudios sobre influencia de los diferentes liderazgos, las dificultades en la toma de decisiones, el cambio y la resistencia al cambio, etc. Asimismo, cobra relevancia, el enfoque de la educación popular; desde los años 60 Paulo Freire desarrolla en Brasil su pedagogía de la liberación⁷, con una educación problematizadora, dialógica. De esta manera se transforma al educador en educando y el educando en educador; ambos son sujetos cognoscentes. Freire incorpora un análisis de clase y supera la propuesta de “participación” por la concepción

⁷ En Apunte N°2 de la Especialización en Educación Popular. Profesorado del Sagrado Corazón. 2004

desarrollista. El trabajo de concientización ligado a la alfabetización se constituyó en el eje de la propuesta aunque también se extendió a otras tareas educativas en la comunidad.

c. La década del 90: Neoliberalismo

Hacia fines de la década de los 80 confluyeron por un lado la crisis de un modelo de acumulación económica, junto con una crisis en los “modos de hacer política”. El resultado inmediato fue la desjerarquización de todo lo vinculado a la actividad pública: sus recursos, reglas operativas, actividad fiscal, sistema de políticas públicas. Se ocultaba así la naturaleza del conflicto distributivo entre los distintos grupos sociales, asumiendo cíclicamente el Estado la representación de unos y otros en su afán por negociar separadamente. (Lo Vuolo y Barbeito, 1998)

La pobreza en Argentina en la década de los años ‘90 se instala sostenidamente. El Estado se concentró en disminuir el “gasto social”, “racionalización de la inversión pública”, priorizando la inversión privada y las privatizaciones. Toda esta situación llevó a un deterioro de las condiciones de vida y un aumento de la pobreza. Esta década quedó marcada por los procesos de “ajuste macro económico”, con una restricción de la intervención del Estado en las políticas sociales, los derechos sociales se diluyen a costa de un protagonismo salvaje de los derechos individuales. La nueva racionalidad invitará a los sectores excluidos a “fortalecer las instituciones de la sociedad civil” en un claro desentendimiento de las responsabilidades del Estado.

El Estado aplica políticas sociales focalizadas dentro de los marcos delineados por los Organismos internacionales. El Estado interviene en aplacar la fuerte conflictividad. Todas las políticas sociales se vieron afectadas por transformaciones en sus modos de funcionamiento, fuentes de financiamiento, régimen de administración, de acceso y tipos de beneficios. (Lo Vuolo y Barbeito, 1998). En este contexto, las principales manifestaciones instrumentales que se aplicaron desde el Trabajo Social pueden ser resumidas desde el “Modelo de la Gestión Pública Orientada a Resultados”, en donde los resultados se miden en función de las demandas satisfechas y los problemas resueltos. Este modelo metodológico permitiría planificar, viabilizar, concretar y evaluar los resultados que superen o alivien efectivamente los problemas sociales. Se fortalece así la función evaluativa el Estado considerando que este modelo era superior del modelo evaluativo de costo-beneficio. Así, se define a la evaluación en lo social como aquella que permite valorar en qué medida los programas sociales potencian a sus beneficiarios mediante

la generación o formación de capacidades que quedan incorporadas en el capital humano y social (SIEMPRO, 1999). Es así que se constituyeron múltiples herramientas y metodologías de planificación y evaluación de políticas y programas sociales con el objetivo de fomentar la cultura y rutina de la autoevaluación incluyendo la perspectiva de los beneficiarios. El *proyecto* se constituyó en el principal instrumento del proceso de planificación.

CAPÍTULO 5: Dimensiones analíticas de la actuación profesional - eje metodológico. Descripción y análisis de las fuentes primarias recolectadas

Analizar el eje metodológico desde el campo disciplinar del Trabajo Social, comporta considerar el sobre qué, el para qué, el cómo y con qué o quién de la intervención⁸, intentando poner de manifiesto las diferentes tensiones y problematizaciones que se producen en la práctica profesional y cómo, constituyen y sostienen los diferentes modelos de intervención. Asimismo preexiste una correspondencia entre método, instituciones y políticas.

De las experiencias de intervención relatadas en los grupos focales⁹ surge particularmente una clara diferenciación en torno a la estructuración del rol profesional y sus metodologías, entre las instituciones públicas y las instituciones de la sociedad civil. La consolidación de las instituciones estatales a partir del modelo bienestarista trae aparejado también el proceso de institucionalización del espacio profesional. De esta manera, se construye un imaginario social que sostiene un rol profesional ligado al origen de estas instituciones. Esta construcción socio-histórica, ha fortalecido una visión del ejercicio profesional y de sus modos de intervención, que se mantiene casi sin modificaciones, aun cuando las instituciones no sean las mismas. La visión de un rol asignado, preestablecido por la institución, consolida un modelo de actuación profesional más rígido y anquilosado. Se visualiza el límite institucional a la intervención y un escaso corrimiento de lo institucional a lo comunitario como facetas de un mismo rol.

Otra arista de la intervención se relaciona con las áreas de intervención del quehacer cotidiano del Trabajo Social. Así como la dimensión institucional atraviesa la intervención, las áreas temáticas también lo hacen ya que otorgan un marco teórico conceptual y metodológico específico que

⁸ Tomamos como organizadoras las cuatro preguntas que formula Margarita Rozas: sobre qué, para qué, cómo y con quién se desarrolla el trabajo profesional para utilizarlas como esquema orientador.

⁹ Los grupos focales, tres en total, se conformaron con trabajadores sociales de: *Instituciones de gobierno, Instituciones no estatales, y grupos mixtos.*

abona al conocimiento del objeto. Pero también pueden constituirse en obstaculizadores de una mirada integral y compleja sobre la expresión concreta de la cuestión social porque se tiende a segmentar las situaciones problemáticas que se presentan, convirtiéndolas en problemas particulares de acuerdo al área desde la cual se lo analice.

De las entrevistas en profundidad¹⁰, mana que el abordaje interdisciplinario surge como herramienta en el contexto del quehacer profesional en relación a temáticas emergentes en el campo de lo social que logra institucionalizarse y diferir sustancialmente con intervenciones tradicionales que recortan la complejidad social en diversas aristas para trabajarlas en forma aisladas. Las nuevas demandas se constituyen y se expresan a partir de una nueva expresión de las políticas sociales que requieren nuevas acciones de intervención. El trabajo en red es otra de las modalidades de intervención propuestas que, dependiendo de cómo se lo mencione y desarrolle, puede ser ubicado como modalidad o relación o por el contrario como herramienta.

En este sentido, las nuevas demandas se realizan desde un plafón normativo que posibilita la multidisciplina y la interdisciplina e inauguran una nueva perspectiva de intervención. En algunas de las experiencias relatadas aparecen identificados los objetivos profesionales con los objetivos institucionales, una correspondencia entre la dimensión ético política del hacer profesional y las políticas públicas vigentes en determinado periodo.

Pensar el para qué de la intervención implica otorgar primacía a la dimensión ético-política, dado que desde ella se direcciona la acción. En palabras de Margarita Rozas: *“la direccionalidad política implica conformar cuadros profesionales que efectivamente sean, usando bien la palabra, militantes de la cuestión social”* (2003).

De este modo, el objetivo de la intervención que aparece como más relevante es el de visibilizar situaciones de vulneración de derechos, de discriminación de padecimiento, etc. El trabajador social se instala como un facilitador o habilitador de la aparición en escena de un sujeto invisible, silenciado, ausente. La intencionalidad del trabajador social es entendida como mediar-interpretar- develar.

Podríamos sostener que el lugar donde confluye la visibilización de situaciones problemáticas y los sujetos particulares que la transitan es la posibilidad de garantizar, sostener y restituir el ejercicio de derechos. Al respecto *“pensar en términos más amplios y pensar el trabajo*

¹⁰Se realizaron entrevistas en profundidad, tres en total, a trabajadores sociales que son referentes institucionales, de los/las alumnos/as que realizan sus prácticas profesionales. Las entrevistas en profundidad, tres en total, se seleccionaron por su larga trayectoria en este proceso

profesional en términos políticos, porque la cuestión es política, teórico-política. Eso es para mí el proceso metodológico.”(Rozas, 2003). En este sentido, entendemos a la intervención desde una perspectiva de derechos que se emparenta de manera unívoca, en el desarrollo de las políticas sociales de fin de siglo con la idea de inclusión.

Asimismo, la forma tradicional de organizar la intervención del Trabajo Social -a partir de diferentes niveles- caso, grupo o comunidad, es difusa en la situación actual. Hoy el trabajo profesional requiere una visión superadora de la fragmentación de la intervención profesional. Si bien se reconoce el caso, grupo o comunidad, como los abordajes clásicos que el Trabajo Social desarrolla, tanto teórico como metodológicamente, hoy las complejidades sociales en las que intervenimos requieren de una interrelación de estas modalidades de intervención y reconocimiento de las tensiones, ocultamientos y soportes que dibujan una práctica profesional fuera de los márgenes tradicionales

De la misma forma, la inclusión de la dimensión del sujeto de la intervención en el campo operativo permite generar un marco de posibilidades y recrear la acción profesional que, muchas veces desde el anquilosamiento institucional (no de los profesionales sino del lugar profesional) no puede profundizarse. En la entrevista realizada a Margarita Rozas¹¹, se plantea un debate sobre las prácticas neopositivistas que llevan a un ocultamiento de la dimensión de los actores y por lo tanto a la naturalización de la cuestión social.

En las entrevistas analizadas es significativa la alusión a la dimensión instrumental, a la hora de responder sobre la especificidad de la profesión. Las herramientas que surgen como relevantes son la entrevista y el registro, en sus diversas modalidades y aplicaciones. El registro escrito aparece como una actividad propia de la disciplina y se sostiene que las acciones de asistencia y de promoción actúan en detrimento de los tiempos disponibles para el registro, tanto de lo actuado como de su sistematización. Algunos profesionales consideran que los instrumentos son técnicas al servicio de la intervención, posición señalada en el Capítulo 4 del marco teórico. El trabajo en red, las asambleas como espacios de intercambio y producción colectiva tendientes a, de acuerdo a los objetivos profesionales, promover la participación activa de los involucrados se constituyen, frecuentemente, en eventos cotidianos para instituciones convivenciales.

¹¹ Entrevistas realizadas a referentes teóricos: a Margarita Rosas Pagaza, Federico Schuster y Cecilia Hidalgo

En suma, la posición de los profesionales entrevistados se vincula a lo que señala Vélez Restrepo y hace referencia a la *“instrumentalidad como mediación”* (2003) que implica *“tránsitos reflexivos entre lo singular y lo genérico”* que posibiliten la comprensión de la realidad social.

Reflexiones finales

Algunos hallazgos nos permiten inferir que el proceso de construcción de la intervención profesional se desarrolla dentro de una dicotomía teoría-práctica representada por quienes se posicionan desde una intención práctica o desde un modelo teórico que guíe esa intervención. Los procesos de formación profesional enfatizaron, históricamente, una enseñanza de la metodología de la intervención ligada a lo instrumental. La influencia de la perspectiva de la política social de cada momento histórico ha determinado las herramientas metodológicas de la intervención. Las nuevas políticas sociales que se presentan a través de leyes especiales, que rompen modos históricos de intervención. Según lo manifestado, los profesionales del Trabajo Social las incorporaran a la reflexión y al debate a partir de sus implicancias en el quehacer profesional; estas medidas se perciben como imperativas, por la falta de reglamentación y de disponibilidad de recursos, que dificultan el camino para encontrar las formas y las estrategias de operativizarlas en la práctica cotidiana.

Podemos afirmar que los discursos de los profesionales convocados para la presente investigación se mantienen en correlato con la producción académica actual en relación a varias dimensiones. El debate sobre el proceso metodológico se hace desde una postura crítica a la visión positivista que acompañó a la profesión. Si bien se supera la instancia procedimental y las posturas instrumentales, continúa adeudándose todavía un debate en profundidad respecto de la implicancia de la dimensión política en la decisión metodológica del profesional.

Asimismo, la segmentación por niveles de intervención que caracterizó la formación profesional es cuestionada en el relato que efectúan los profesionales sobre su práctica, manifestando diferentes experiencias en las que se percibe una mirada integradora de los actores involucrados. De este modo los abordajes actuales plantean una intervención centrada en la relevancia de la situación problemática por sobre el problema previamente instituido, evitando además la diferenciación metodológica por “sujeto” de intervención (individuo, grupo, comunidad) (Montaño, 2000). Es importante señalar, que a pesar de la voluntad explicitada por los profesionales de otorgar primacía a las voces de estos sujetos muchas veces quedan opacadas o

subsumidas en el imperativo de las condiciones objetivas que guiaron la construcción de las situaciones problemáticas. Las nociones de situación y escenario permiten evitar el reduccionismo que conspira contra la visión de totalidad que requiere la lectura de la realidad social. La primera, propone considerar el punto de vista del actor respecto de acciones efectuadas en tiempo y espacio (Matus, 1977) mientras que la segunda hace referencia a la disposición de la multiplicidad de elementos que componen dicha situación, pero que puede enmarcarse tanto en el presente como en el futuro, es decir, permite una visión prospectiva de un campo de intervención.

A partir de algunas afirmaciones se infiere que los trabajadores sociales, sobre todo de instituciones del ámbito público, siguen operando en la búsqueda del rol históricamente esperado imponiendo procedimientos específicos y lógicas de criterio de subsidiariedad respecto de otras profesiones y de la institución misma. Así, las demarcaciones del campo institucional sobre el campo profesional siguen obstinadamente presentes generando tensiones que impregnan las prácticas. Aún con apuestas reflexivas y transformadoras, continúan imperando los obstáculos constitutivos de las lógicas institucionales conservadoras. Las posibilidades de poder pensar y esbozar una tarea más creativa aparece, desde el discurso, con mayores posibilidades en las organizaciones de la sociedad civil que en las del Estado.

En este punto, podríamos considerar que prevalece cierta mirada despolitizada que naturaliza el lugar de las instituciones en la construcción de las relaciones sociales. Esta postura invisibiliza la relación existente entre Estado, políticas sociales e instituciones en el complejo entramado de la reproducción social. Así las ONGs aparecen como innovadoras, activas con profunda inserción comunitaria mientras que las estatales continúan representando el espacio de lo estandarizado, lo tradicional y lo repetido, cuando podría aseverarse lo contrario.

Sin, embargo, es en las instituciones públicas donde se dan las mayores posibilidades de generar nuevas experiencias, e instituir otras lógicas problematizadoras; campo propio de aplicación de las políticas sociales, donde se manifiestan contradicciones y no sólo directivas de las agencias financiadoras.

Por último, la persistencia del conflicto hacer –pensar que se refleja en el relato de los entrevistados. Recuperando los conceptos de Margarita Rozas diríamos que el “*cómo de la profesión eclipsa el sobre que y el para que*” (1998). En la cotidianeidad del quehacer

profesional, lo operativo logra frecuentemente superar la práctica reflexiva que se espera sea la impulsora de todo cientista social.

Bibliografía:

ACUÑA C; KESSLER, G. y REPETTO, F. (2002). Evolución de la política social argentina en la década de los noventa: cambios en su lógica, intencionalidad y en el proceso de hacer la política social. Buenos Aires. Disponible en <http://lanic.utexas.edu/project/laoap/claspo/dt/0003.pdf>

ANDER EGG, E. (1963). *Metodología y Práctica del Desarrollo de la Comunidad*. Segunda Edición (1965). Buenos Aires: Editorial Humanitas.

ANDER EGG, E. (1982) *Metodología del Trabajo Social*, Barcelona, El Ateneo:

AQUIN, N. (1999). "Hacia la construcción de enfoques alternativos para el Trabajo Social en el nuevo milenio". Revista de Servicio Social. Vol.1, N° 3. Disponible en <http://catedras.fsoc.uba.ar/elias/aquinnora2010.doc>

BARREIX, J., CASTILLEJOS BEDWELL S. (1997) *Metodología y método en trabajo social*. Buenos Aires: Espacio.

BORGIANI, E. y MONTAÑO, C. orgs. (2000) *Metodología y servicio social hoy en debate*. San Pablo: Cortez, págs.20-21.

BUSTELO, E.. (1996) *Planificación Social del Rompecabezas al "Abrecabezas"*. Costa Rica: Flacso.

CAVALLERI, M. S. (2008) *Repensando el concepto de problemas sociales. La noción de situaciones problemáticas* En Castronovo, Cavalleri (coord.) *Compartiendo notas. El trabajo social en la contemporaneidad*. Ediciones de la UNLa.

CARBALLEDA, A, (2002) *La intervención en lo social. Exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*, Buenos Aires. Paidós.

CARBALLEDA, A. (2004): *Del desorden de los cuerpos al orden de la sociedad*. Buenos Aires. Espacio Editorial.

CARBALLEDA, A. (2006): *El Trabajo Social desde una mirada histórica centrada en la intervención: del orden de los cuerpos al estallido de la sociedad*. Buenos Aires. Espacio Editorial.

CARBALLEDA, A. (2007) *Escuchar las prácticas*. Buenos Aires. Espacio.

CARDARELLI, G, ROSENFELD, M. (1998) *Las participaciones de la pobreza. Programas y proyectos sociales*. Buenos Aires, Paidós.

CASTEL, R. (1997) *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado* Buenos Aires: Paidós.

CAZZANIGA, S. (2001) *Metodología*. El abordaje desde la singularidad., en Desde el Fondo, N° 22, Facultad de Trabajo Social UNER, disponible en <http://www.fts.uner.edu.ar/publicaciones/fondo/num21/cazzaniga21.htm>

CAZZANIGA, S. (2009) *El abordaje desde la singularidad*. Cuadernillo temático desde el Fondo N° 22. Centro de Documentación. FTS. UNER.

CELATS /Centro Latinoamericano de Trabajo Social (1986) *La Práctica Profesional del Trabajador Social, Guia de Análisis*. Buenos Aires: Editorial Hvmánitas –

CLEMENTE, A. (2003). *Conflicto y sociedad. Tensiones del Trabajo Social después de los 90´*. En: CLEMENTE, A. y ARIAS, A (comp.). *Conflicto e intervención Social*. Buenos Aires. Espacio Editorial.

DANANI, C. (1993) *Límites y posibilidades del Trabajo Social*. En Revista Servicio Social & Sociedade N° 42- Año XIV. Sao Paulo: Cortez.

DE ROBERTIS, C. (1988) *Metodología de la intervención en trabajo social*. Buenos Aires: El Ateneo. Buenos Aires.

FEIJOO, M. (1990) La pobreza latinoamericana revisitada, en *Revista Nueva Sociedad*, Nro. 108.. Pp.: 28-36

FEIJOO, M. (2001) *Nuevo País, nueva Pobreza*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Económicas, FCE.

FERNANDEZ SOTO, S. (2007) *La intervención de Estado en los últimos años: el desplazamiento hacia la pobreza y la diversificación de programas sociales*, *Revista Escenarios*, Buenos Aires, año 7, N° 12 .

GARDARELLI, G. y ROSENFELD, M. (1998). *Las participaciones de la pobreza. Programas y proyectos sociales*. Buenos Aires. Paidós .

GUERRA, Y. (1995): A instrumentalidade do Serviço Social. San Pablo: Cortez, pp 32-33. En CAVALLERi,S. (2008): Repensando el concepto de problemas sociales. La noción de situaciones problemáticas. En *Compartiendo notas. El Trabajo Social en la Contemporaneidad*. VV.AA. Buenos Aires, UNLa.

GRASSI, E. (2006). *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame [I]*. Buenos Aires. Espacio Editorial.

HINTZE, S. (2003). “Estado y políticas públicas: acerca de la especificidad de la gestión de políticas para la economía social y solidaria”. Segundo Congreso Argentino de Administración Pública. Sociedad, Estado y Administración. Córdoba, Argentina. Disponible en http://www.aaeap.org.ar/ponencias/congreso2/Hintze_Susana.pdf

KOSIK, K. (1990): *Dialéctica de lo concreto*. México. Grijalbo.

LIMA, Boris. (1983) *Epistemología del trabajo social*. Buenos Aires: Humanitas.

LEWCOWICZ, I. (2001) *Del Fragmento a la situación*, Buenos Aires, Altamira.

MALACALZA, S. (2000) *La autonomía del sujeto. Diálogo desde el Trabajo Social*, Buenos Aires, Espacio.

MARTINEZ NOGUEIRA, R. (1996) *Los Programas de Combate a la Pobreza en Argentina, Red de Centros de Investigación Económica aplicada, Estrategias para combatir la pobreza en América Latina: Programas, Instituciones y Recursos*, editado por Dagmar Racynski, , Buenos Aires, Banco Interamericano de Desarrollo.

MATUS, T. (1995). “Desafíos del Trabajo Social en los Noventa”. En: Varios Autores. *Perspectivas metodológicas en Trabajo Social*. Chile. ALAETS-CELATS. Disponible en www.ts.ucr.ac.cr/binarios/pela/pl-000380.pdf

MENDOZA RANGEL, M, del C. (1986) *Una opción metodológica para los trabajadores sociales*. Buenos Aires: Editorial HVMANITAS.

MENDOZA RANGEL, M. (1986). *Una opción metodológica para los trabajadores sociales*. Buenos Aires. Editorial Hvmanitas.

MONTAÑO, C. (1998). *La naturaleza del Servicio Social: un ensayo sobre su génesis, su especificidad y su reproducción*. Sao Paulo ,Cortez Editora.

NETTO, J.P. (2000):): *Método y teoría en las diferentes matrices del Servicio Social*. En: Borgianni, Elisabete; Montaña, Carlos (Orgs), *Metodología y Servicio Social. Hoy en debate*. Biblioteca Latinoamericana de Servicio Social. Editorial Cortez, San Pablo

NOBRE PONTES, R. (2003): *Mediación: categoría fundamental para el trabajo del asistente social*. En: *Servicio Social crítico. Hacia la construcción del nuevo proyecto ético-político profesional*.

BORGIANNI, E; GUERRA, Yolanda- MONTAÑO, Carlos (Orgs) Cortez Editora. San Pablo.

ONETO PIAZZE, L. (2001). *Dialéctica*. En: Varios Autores. *Perspectivas metodológicas en Trabajo Social*. Buenos Aires. Espacio Editorial.

PERLMAN, H.H. (1960) *Trabajo Social individualizado*. En TRAVI, B. (2006) La dimensión técnico instrumental en Trabajo Social. Reflexiones y propuestas acerca de la entrevista, la observación, el registro y el informe social. Buenos Aires: Espacio.

QUEZADA BENEGAS, M. (2001). El contexto social de los 70. En: Varios Autores. *Perspectivas metodológicas en Trabajo Social*. Buenos Aires. Espacio Editorial.

RODRÌGUEZ SOTO, N. (2001). Positivismo. En Varios Autores. *Perspectivas metodológicas en Trabajo Social*. Buenos aires. Espacio Editorial.

ROSE, N. (1996) The death of the social? Re-figuring the territory of government. *En: Economy and society* 25 (3), (327-356).

ROZAS PAGAZA, M. (1998) *Una perspectiva teórico metodológica de la intervención en Trabajo Social*, Buenos Aires, Espacio Editorial.

ROZAS PAGAZA, M. (2001) *La intervención profesional en relación con la cuestión social. El caso del trabajo social*. Buenos Aires. Espacio Editorial.

SVAMPA, M. (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. 1º ed, 2º reimp. Buenos Aires. Editorial Taurus.

TENTI FANFANI, E. (1989) *Estado y Pobreza. Estrategias típicas de Intervención*. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina.

TOBÓN, Ma. C.; ROTTIER, N.; MANRIQUE, A. (1992) *La Práctica del Trabajador Social – Guía de Análisis* – Equipo de Capacitación. CELATS. Buenos Aires.,Ed. Humanitas Celats.

TRAVI, B. (2006). *La dimensión técnico-instrumental en Trabajo Social: reflexiones y propuestas acerca de la entrevista, la observación, el registro y el informe social*. Buenos Aires. Espacio Editorial.

VELEZ RESTREPO, O. (2003) *Reconfigurando el Trabajo Social – Perspectivas y Tendencias Contemporáneas*. Buenos Aires: Editorial Espacio.

VILAS, C. (1997). *De ambulancias, bomberos y policías: la política social del neoliberalismo*. Disponible en www.flacsoandes.org/biblio/catalog/resGet.php?resId=23275

VVAA (2003) *Servicio Social crítico. Hacia la construcción del nuevo proyecto ético-político profesional*. Borgianni, Elisabete- Guerra, Yolanda- Montañó, Carlos (Orgs) San Pablo: Corte